



El Doctor Maluquer: recuerdos del maestro

Dedicamos este homenaje personal a la figura del Dr. Maluquer, y en particular a su faceta de docente y maestro de muchas generaciones, entre las que me cuento, y cuyo recuerdo, profundo respeto y cariño se han mantenido inalterables durante todos estos años. Quizá nuestra modesta contribución en recuerdo del 25° aniversario de su fallecimiento pueda pecar de excesivamente personal, por no decir personalista, pero los recuerdos del maestro son siempre personales y sobre todo muy sentidos.

La extraordinaria trayectoria docente del Dr. Maluquer ha trascendido poco en comparación con su obra escrita, a pesar de lo cual, entre los que fuimos sus alumnos, no dejan de circular recuerdos, anécdotas y experiencias acerca de su magisterio y de sus clases. Probablemente nunca sospeché el impacto que despertaban sus clases entre aquel público joven y entregado.

Mi generación tuvo el privilegio de ser la primera en apuntarse a la especialidad de Arqueología, creada en el marco del nuevo plan de estudios de la Universidad de Barcelona, que había impulsado el propio Dr. Maluquer desde su cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, inspirándose en el modelo de la Universidad de la República, que él conoció personalmente. Desde los estudios de “Comunes”, nuestro grupo de aspirantes a arqueólogos (Josep

Guitart, Luis Fandos, Chari Navarro, Rosa Portell, M^a Rosa Puig, Luis Ramos, Philippe du Souich) había respondido con entusiasmo a las encuestas relativas a la reforma del plan de estudios y a la posibilidad de licenciarse en la especialidad de Arqueología, por entonces novedosa en nuestro país. El Dr. Maluquer contó para ello, no sólo con la apreciable ayuda de la Secretaría de la Facultad, entonces gestionada por la inolvidable Carmen Salom, sino con el apoyo del personal docente e investigador del Institut d'Arqueologia —la Dra. Ana María Muñoz, Miquel Oliva, Ana Rauret y Ricardo Martín— y con el respaldo de los delegados estudiantiles.

Eran años difíciles para la Universidad, de importantes y decisivos movimientos estudiantiles y sindicales, que provocaban la entrada violenta y frecuente de la policía y de los “grises” en el recinto de la Facultad.

Se ha destacado la visión universalista que tenía el Dr. Maluquer de la Historia y de la Prehistoria en particular. Sus clases dan fe de ello, en unos años, a finales de los sesenta y principios de los setenta, en los que la docencia universitaria destacaba, salvo excepciones, por su orientación distorsionada de la realidad y, sobre todo, por su mediocridad. Si en algo destacaban las clases de Prehistoria y Arqueología del Dr. Maluquer —el “jefe”, como le llamábamos— era por no ceñirse a un programa rígido y rutinario

de la disciplina y ni mucho menos a un temario previamente establecido, pensado para un público empollón y disciplinado. Por el contrario, sus clases tenían mucho de improvisación y un ritmo marcado por lecturas recientes, comentarios y debates relacionados con los últimos avances y descubrimientos arqueológicos. En definitiva, unas clases dirigidas a un público mayor de edad, que estimulaban una actitud activa del público oyente y fomentaban la discusión, el trabajo en equipo y, sobre todo, la lectura y la consulta bibliográfica. Eran clases magistrales, nunca conocíamos con antelación los temas que iban a tratarse, pero fuimos los primeros en oírle hablar del Bronce balcánico, de los kurganes, de los protoindoeuropeos y de los trabajos de Marija Gimbutas en la antigua Yugoslavia, del Neolítico en Tesalia y de los hallazgos mediterráneos en el castro danubiano de Heuneburg, que Maluquer conocía de primera mano gracias a su amistad y estrecha colaboración con su excavador, el profesor Kimmig. Disfrutamos con sus profundos conocimientos de la cerámica pintada de Cortes de Navarra y de los hallazgos en la cueva de Zugarramurdi, a través de los cuales oímos hablar de Etnografía vasca y de los trabajos de dos insignes exiliados, Pedro Bosch Gimpera y el padre José Miguel de Barandiarán. En realidad, sus nombres apenas se pronunciaban en clase, pero estaban siempre presentes en las discusiones y comentarios de los estudiantes en los pasillos y en el bar. Sabíamos perfectamente quiénes eran y por qué ya no estaban entre nosotros.

Era la época en que Maluquer preparaba la edición de su pequeño y magnífico manual *Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular*, que casi nos sabíamos de memoria. Y oíamos los primeros comentarios y reflexiones acerca de los nuevos descubrimientos de la entonces casi desconocida Arqueología fenicia en sitios desconocidos como Laurita, Toscanos y Trayamar, el Cabezo de San Pedro, así como sobre Tartessos, el Carambolo y su orfebrería, gracias a que en aquellos años el Dr. Maluquer preparaba la nueva edición de su libro *Tartessos*, que todos leímos con voracidad y, también hay que decirlo, con un ojo puesto en los exámenes finales. Con él aprendimos también epigrafía prerromana y a escribir ilusionados nuestros nombres en alfabeto ibérico.

En sus clases, el Dr. Maluquer planteaba sobre todo preguntas y cuestiones relativas al método arqueológico, fomentando la discusión y estimulando la reflexión y la lectura, con lo que creó auténticas vocaciones entre nuestras promociones universitarias, que nos considerábamos unos privilegiados dispuestos a comernos el mundo y a resolver problemas con nuestro trabajo y dedicación. No sé si resolvimos gran cosa, pero sí nos tomamos en serio lo que debía ser la docencia y el magisterio.

El magisterio del Dr. Maluquer se complementaba con interesantes viajes de estudio, como los que realizamos a las cuevas con pinturas rupestres de Cantabria y Asturias, a la cueva del Parpalló acompañados por D. Luis Pericot o a los yacimientos de Orce y Montefrío, guiados por el Dr. Wilhelm Schüle.

Entre esos viajes de "estudios" destaca una experiencia que quedó profundamente grabada en la memoria de muchos de nosotros. Por iniciativa del



Figura 1. Tornabous, julio de 1975.

Dr. Maluquer se envió una expedición de estudiantes a las tierras del interior en busca de las fuentes del río Llobregat, a fin de delimitar las posibles rutas de expansión de los primeros Campos de Urnas. En pleno mes de enero, con rústicas tiendas de campaña prestadas y a varios grados bajo cero, deambulamos durante días por la Cataluña profunda, nos creímos los primeros prospectores hallstáticos de la Historia y, sobre todo, aprendimos lo que es la frustración del arqueólogo, ya que no fuimos capaces de localizar ni una sola ruta prehistórica, ni una sola urna, ni siquiera el Llobregat y, mucho menos, algún vestigio prehistórico mínimamente decente. Eso sí, nunca llegamos a saber con certeza si la idea de Maluquer fue la de desbravar a unas cuantas promociones de señoritos universitarios, si se trató de forjar aguerridos e intrépidos prospectores de campo o si, detrás de aquella aventura, se escondía el humor socarrón del Dr. Maluquer.

La experiencia de campo y la práctica arqueológica formaban parte indiscutible de la formación y la docencia universitaria del Dr. Maluquer. A lo largo de la carrera, y en unos años faltos de oxígeno intelectual, Maluquer se esforzó en enviarnos a excavaciones en el exterior, sin que entendiéramos del todo por qué a los "chicos" se les destinaba a Cortes de Navarra y a las "chicas" preferentemente a Bordighera, bajo la tutela rigurosa del profesor Nino Lamboglia y de Francisca Pallarés. A todos juntos se nos envió también a Ullastret, junto al inolvidable Miquel Oliva, y a Tornabous, esto es, a un mundo ibérico hacia el que el Dr. Maluquer empezaba a orientar sus intereses científicos, a raíz de sus extraordinarios hallazgos en los yacimientos del Bajo Ebro, como Mas de Musols y La Ferradura. En este contexto, las relaciones interregionales de intercambio ocuparon siempre un lugar de interés preferente para el Dr. Maluquer, que se reflejaba en sus clases cuando dirigía su atención a cuestiones de interacción, por ejemplo, entre Iberia y las islas del Mediterráneo central, desde el Vaso Campaniforme hasta la época de la colonización gri-

ega. De ahí nació la idea de una pequeña expedición a la isla de Sicilia, a la que se nos envió a Encarna Sanahuja —la inolvidable “Sana”— y a mí, a fin de conocer de cerca sitios como Stentinello, Castelluccio, Siracusa o Motya. Cómo no, el viaje se realizó en un vetusto Seat 600 de segunda mano, que decidía por su cuenta realizar paradas forzosas en lugares imprevisibles y solitarios.

De la Universidad salimos muchas generaciones de alumnos con auténtica vocación investigadora. En mi caso, dicha formación se consolidó definitivamente a finales de los años setenta, a lo largo de tardes inolvidables en la sede del CSIC de la calle Egipcíacas, donde el Dr. Maluquer se instalaba regularmente después de concluir sus clases en la Universidad. Tardes de largas y enriquecedoras discusiones científicas acerca de la profesión y del método científico

en Arqueología, y de una estrecha colaboración que, en nuestro nivel de principiante, nos ayudó a madurar y a enfrentarnos por primera vez a problemas derivados de nuestra primera experiencia de campo en el yacimiento de Setefilla. Gracias, Dr. Maluquer, por todo aquello.

¿Dejó el Dr. Maluquer una impronta especial y una verdadera escuela entre sus discípulos? Indudablemente sí. Todavía hoy muchos colegas y amigos reconocen la huella del maestro en nuestros trabajos y en la forma de abordar muchos de los problemas que nos plantea nuestra disciplina.

María Eugenia Aubet Semler

Universitat Pompeu Fabra
eugenia.aubet@upf.edu